

2. La comprensión de transformar los marcos institucionales y proyectar escenarios de justicia emanados de la propuesta salvífica de amor, entiende una democratización de lo social que implica transformar las lógicas de participación y representación, que se emanan de las formas de consolidar ejercicios de despojo. Se emprende una tarea por proyectar escenarios donde la justicia sea la forma de comprender la donación como totalidad para la humanidad, no como bendición restringida y selecta.

Se ha de orientar una comprensión de valores que trasciendan las estructuras físicas y la pretensión de dominación por el lugar económico. La experiencia del amor como don, debe ser el sustituto estructurante a la comprensión de una democratización de Dios para la humanidad, que no es restringida, que no se corrompe con los beneficios personales; por el contrario, sale al encuentro de la humanidad en gracia.

La experiencia desmoralizadora de la humanidad en la práctica de negación del «otro» y su irrestricta ambición, se considera como esa condición estructural de pecado, como representación de la maldad que ha institucionalizado la “verdad” y “justicia” como conceptos de dolor y tristeza para la humanidad; lleva a reconstruir escenarios éticos que se pregunten por la acción hacia los otros y una perspectiva de análisis profundo por el proyecto de del «Reino de Dios», el cual no se yergue sobre las estructuras de dominación y promueve un camino que no es aquel que se ha dicho como bueno (Pr. 14, 12).

El carácter democrático como la participación de toda una comunidad que busca la construcción de un mundo mejor desde la visión del «Reino de Dios» como aquí (espacio) y ahora (tiempo), debe priorizar lo colectivo y lo asociativo en comprensiones de la teología que se transforma, de la acción del creyente que ve la revelación de Dios de forma permanente y lee la injusticia, de allí se desprende la posibilidad de una transformación de mundo.

3. Dando unidad a la visión de la creación: la humanidad como imagen de Dios caminante por el mundo, que no entiende la revelación de Dios en sentido exclusivista, y promueve una construcción de marcos éticos que emanan de Dios en el amor a la humanidad, se puede significar la proclamación del Jesús histórico como el «Reinado de Dios» que está en el mundo (Lucas 17. 21).

Esto significa que articulados como cuerpo, miembros unos de otros, fielmente interrelacionados para un caminar conjunto donde la alegría será una sola, la Iglesia se convertirá en la manifestación plena de la experiencia de Dios:

- Recoge a la humanidad entera en la propuesta ética y material de Jesús el Cristo.
- Inspira un mensaje liberador de las estructuras del mal.
- Anuncia un proyecto que trasciende las concepciones de injusticia institucionalizadas.
- Denuncia las estructuras de opresión.
- Reconcilia en la unidad y no en la segregación.

## **A manera de conclusión**

- La humanidad es la imagen de Dios caminante por el mundo, encargados de administrar en justicia la creación de Dios desde los valores del «Reino de Dios».
- Se debe ir más allá de las fronteras ideológicas: políticas, sociales, culturales y religiosas; se debe permanecer en un constante diálogo y cercanía de una sola sociedad, sin exclusión alguna ni comprensión exclusivista de la donación de Dios.
- La renuncia a los intereses individuales como recepción del anuncio del evangelio y la proyección de la acción comunitaria, como articulación de la justicia.

## El Prójimo como Reconocimiento de Dios

Fernando Alexander Sanmiguel Martínez

Director Centro de Formación

Licenciado en Educación Básica con énfasis en Ciencias Sociales, Universidad Pedagógica Nacional; Magister en Teología, Universidad Pontificia Bolivariana; Ph. D. (c) Universidad Pontificia Bolivariana.

Diácono de la Iglesia Presbiteriana Comunidad de Esperanza del Presbiterio Central

<sup>25</sup> Se levantó un legista y le preguntó, para ponerle a prueba; «Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?»<sup>26</sup> Él le dijo: «Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?»<sup>27</sup> respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.»<sup>28</sup> Díjole entonces Jesús: «Bien has respondido. Haz eso y vivirás.»

<sup>29</sup> Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?»<sup>30</sup> Jesús respondió: «Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos que, después de despojarle y darle una paliza, se fueron, dejándolo medio muerto.<sup>31</sup> Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote que, al verlo, dio un rodeo.<sup>32</sup> De igual modo, un levita que pasaba lo vio y dio un rodeo.<sup>33</sup> Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verlo, tuvo compasión.<sup>34</sup> Se acercó, vendó sus heridas y echó en ellas aceite y vino; lo montó luego sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él.<sup>35</sup> Al día siguiente, sacó dos denarios y se le dio al posadero, diciendo: “Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva.”<sup>36</sup> ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los bandidos?»<sup>37</sup> Él respondió: «El que practicó la misericordia con él.» Díjole entonces Jesús: «Vete y haz tu lo mismo.» (Lucas 10, 25-37).

Encontrar en las formas narrativas de Jesús una fuente teológica no es difícil, en tanto pueden expresar procedimientos o puntos de trabajo de la vida del cristiano. Sin embargo, es deber de la *Ecclesia* (iglesia) interpretar la narración como fuente de su vida, de su criterio y de su reflexión en torno al comportamiento diario; la comunidad de

creyentes toma un punto central dentro de la vida del cristiano, en tanto encuentra el sentido de *comunnio* (comunidad) en la relación de sus miembros, es una significación de la pericoreosis (Περίχωσις) que se proyecta en el sentido trinitario de Dios que sale al encuentro de su iglesia, de la humanidad -en su totalidad- que se entrega a la promesa cumplida de la expiación en Cristo.

La reflexión de la iglesia sobre el *verbum* debe ser interpretada en una doble condición de revelación. La primera en tanto *Christus* (Cristo) como revelación final y última, como parusía; pero la Ecclesia es la revelación *in sinu trinitatis & trinitatis in corde suo* (en el corazón de la Trinidad y la Trinidad en su corazón); por ende, entender la relación de la comunidad que comparte su fe implica entender ésta como el medio fundamental para entender la revelación permanente de Dios en las esferas del mundo.

Si la iglesia llegara a una interpretación errada de la revelación, la revelación perdería su posibilidad per se de mostrar la sutileza del mensaje liberador y salvífico del cristianismo. Por lo anterior, interpretar la *Scriptum* (Escritura) como parte de la revelación es necesario, pero con ello no se puede llegar a la consideración de su univocidad de la donación de Dios; esta cuenta con la forma de poder guiar y trazar caminos que los seres transforman en medio de su relación de alteridad con los otros. De ello, se pudiera preguntar: ¿qué significa entender la alteridad de Dios?, ¿qué significa entender la revelación de Dios en el otro? Y, por ende ¿se puede llegar a Dios a través del otro?

Las preguntas planteadas presentan una significación de revelación permanente, emanada de la acción de Dios -permanente- de la historia de la salvación propiamente vivenciada y contada como mensaje; el cual no puede ser entendido sino como revelación por medio de la experiencia. La revelación final y plena, que se da constante y es interpretada por la ratio (razón) que debe constituir el núcleo de *Sensus fideis* (sentido de la Fe) del quehacer del cristianismo.

Un primer escenario es la conversación -esta como constante de la palabra y la experiencia como fuente de la revelación-, que se ve reflejada a lo largo del texto (Lucas 10. 25-37); sin embargo, se propone la toma de tres momentos. El primero es la ubicación de sujetos, los cuales encuentran en el «otro» un Tú, sujeto a sujeto se interpelan de manera condicionada (Lucas 10. 25-28) demostrándose -el uno al

otro- su condición de ser *–quod-*, se encuentra una conversión que es condicionante a la forma de la interpretación del texto. Tanto el Docto de la Ley como Jesús expresan conocimiento de pares para su interpelación; sin embargo, el segundo elemento presenta un análisis de la intencionalidad de la pregunta y la intencionalidad de la respuesta (Lucas 10: 25).

El cuestionamiento es la forma de interpelación a Jesús como “Maestro” con la intencionalidad de proponer una situación de *paradoxia* (paradoja), ¿este carácter de paradoja donde se encuentra? -si bien la pregunta es certera y presentaría una sola línea para su respuesta: “[...] ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” (Lucas 10: 25b). El carácter de contrasentido se encuentra en la primera parte donde la intencionalidad de prueba se hace latente: por un lado, la prueba es la conformación primaria de relacionamiento de la experiencia y del reconocimiento del «otro» como medio de la revelación; la relación de alteridad es propiciada pero inicialmente interpretada como muestra de conocimiento para la relación de pares, si esta condición no fuere concebida en el momento de des-velo de la realidad no sería interpretado como fuente de la vida de la salvación, en consecuencia de la revelación en sí misma.

La respuesta no es una afirmación del Yo de Jesús en forma unívoca, simplemente es la intencionalidad de la respuesta al «otro» de él mismo, donde se encuentra un *Tú* que puede interpretar desde la lectura del texto en el concepto de verdad. Se puede concebir la sutileza del mensaje de Dios sin apelar al condicionamiento. Pero, es acá donde los cuestionamientos dan respuesta sin contradicción, es una invitación de paridad de seres. (Lucas 10: 26)

La respuesta a los cuestionamientos realizada por Jesús es la lectura de un mandato que devela tres sujetos: Dios, «*ser-yo*» (individuo o creyente) y «*ser-Tú*» (prójimo u otro). Dichos sujetos presentan una estructura de índole trinitaria, abriendo campo para empezar hablar de una antropología teológica; no todavía en su forma pneumatológica, pero sí en su concepción de distinción y unidad. La comunión se convierte en el centro de la interpretación de la relación de Dios, yo y tú, es la conformación del grado de integración del amor de Dios con la humanidad en el individuo y su compartir en comunidad.

El texto interpreta una identidad de Dios en el «otro», el otro se convierte en revelación de esperanza, *mutatis mutandis* el creyente toma esa misma forma en un sentido kenótico (Lucas 10: 27). Dios se des-vela para la humanidad en el creyente y en el prójimo, aquel que no es connotado como parte de la comunidad de creyentes, pero que está invitado a ser de esta. Por tanto, Dios toma una forma de *Tú* en el reconocimiento del creyente -yo- y el prójimo -otro-.

Se responde con el *Tú de Dios*, el cual es diferente al yo que se individualiza, para aquel que se auto-concibe en forma de auto-suficiencia y niega la posibilidad de existencia más allá de sí. El mandato hace una afirmación del yo del individuo al que se le presenta, se hace una identificación de un sujeto al cual le habla el texto, quien es el creyente. Es decir, se encuentra la fuerza y esplendor de la expresión hebraica “D-s” “אלוהים” en la manifestación permanente de la solidaridad con el otro como representación de su amor; se describe el sujeto que ama a Dios, aquel que siente la revelación.

Siendo la tercera parte -de la respuesta- el fundamento de ese sujeto yo, el cual se representa en el otro. Se encuentra el *Tú* en medio del camino, cuando el prójimo toma la misma significación del yo. Esta es la condición de paridad y esplendor de la revelación: Dios que se presenta a la humanidad y toma su forma sin distinción humana, que se presenta al creyente por mediación del necesitado, al cual se debe convertir en prójimo. Si lo anterior no se cumple el amor a Dios no existe; por ende, el mandato no será experimentado por el creyente. De esta forma, el obrar permanente de Dios en la historia de la humanidad está presente en la relación de los seres como posibilidad de justicia, como salvación.

El segundo escenario, es la identificación del accionar y de la ubicación del *Tú* como prójimo que hace parte de la revelación (Lucas 10: 2829). El obrar significa relación y posibilidad, entender que el otro -Tú- es el evento de vida del ser, el yo no puede concebirse fuera de la relación con el otro y siendo la experiencia de la salvación un camino a transitar de manera conjunta. Sin embargo, esta identificación es posible en tanto no se determine la posibilidad del prójimo como el mandato ético, no es posible entender que la vida no pueda partir del amor, si la revelación no se des-velara en el otro como fin último de la relación con Dios.